

Gonzalo Celorio

LOS APÓSTATAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GONZALO CELORIO
LOS APÓSTATAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2020

© Gonzalo Celorio, 2020

Esta obra fue escrita gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-842-9

Depósito legal: B. 11.193-2020

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte. Eduardo	
De ida	13
Segunda parte. Miguel	
De ida	121
Tercera parte. Eduardo	
De regreso	213
Cuarta parte. Miguel	
De regreso	313
Epílogo	409

Primera parte
Eduardo

De ida

El doctor Gonzalo Casas Alemán murió en 1971, cuando mi hermano Eduardo ya se había ido a vivir a Oaxaca.

Mi madre me esperaba en la puerta de su departamento, vestida de luto riguroso, traje sastre, tacones altos, mantilla negra, camafeo al pecho. Su porte elegante y distinguido hubiera sido más digno de un Mercedes Benz que de mi modesto Volkswagen, que sustituyó a aquel otro *vochito* color mierda que Eduardo me había convertido en chatarra dos años atrás.

Nos estacionamos en la calle de Artistas, a espaldas de la casona del doctor Casas. La ayudé a salir del diminuto coche. Caminamos, ella del lado de la pared, yo del lado de la calle, la cuadra y media que nos separaba de la mansión.

La puerta peatonal del enorme zaguán estaba abierta, vigilada por dos agentes funerarios. No necesitamos presentarnos para que nos dejaran entrar. Atravesamos el patio de mosaicos rojos, traspasamos el arco de cantera del portón de la casa, pasamos al vestíbulo, en el que dos espejos encontrados multiplicaban el florero de azucenas que esa mañana descansaba sobre la alta y redonda mesa, y por fin desembocamos en el salón.

Mi madre nunca había estado ahí. La magnificencia del *ball*, como siempre lo llamaron en la familia Casas, le arrancó una interjección de estupor que apenas pudo refrenar.

En el centro preciso del salón, al pie de la escalera cinematográfica, se encontraba el ataúd. Parecía que las lágrimas del monumental candil se derramaran una a una, gota a gota, prisma a prisma, sobre el féretro del doctor Casas.

Habían enrollado el gigantesco tapete, quizá para que las coronas y los arreglos florales que rodeaban la caja, etiquetados en listones cuaresmales con los nombres dorados de sus remitentes, no lo humedecieran. El piso de mármol, tantos años cobijado bajo la alfombra, lucía resplandeciente. Y frío.

Había menos gente de la que podría caber en la desmesura del salón: la viuda; las hijas del doctor, acompañadas de sus respectivos maridos; algunos primos de Córdoba, Veracruz, y un número no demasiado grande de políticos de la vieja guardia: uno que otro exfuncionario del régimen presidencial de Miguel Alemán, algunos compañeros de Legislatura de cuando el difunto fue diputado, ciertos colegas o subordinados que trabajaron con él en el Instituto Mexicano del Seguro Social... Poco más. De vez en cuando, alguna sirvienta enlutada transitaba por el corredor alto y se asomaba, curiosa, al *hall* convertido esa mañana en velatorio.

Les dimos el pésame a la mamá y a las hermanas de Gonzalo. Saludamos a sus cuñados. Pero a Gonzalo, mi amigo, mi compañero, mi tocayo, no lo divisábamos entre la concurrencia. Nos enteramos de que estaba recluido en la sala del piano, acompañado de su amigo Carlos Pintos. Conduje a mi madre hasta ahí. Lo abrazamos prolongadamente. Mamá, como si se tratara de un hijo más; yo, no como si se tratara de un hermano, sino como al amigo entrañable que durante tantos años había sido mi mejor amigo. Gonzalo recibió nuestros abrazos sin palabras. Cualquier voz que hubiera querido resonar en el aire no lograba pasar la aduana de su garganta. Los gestos, encontrados y revueltos, de dolor y tranquilidad, de tristeza y liberación, de rencor y comprensión, suplieron la palabra. Tuve la impresión de que, mientras abrazaba a mi tocayo, Carlos Pintos nos miró con un dejo de celos retroactivos que se le asomaron sutilmente por las comisuras de la boca.

Tras semejantes saluciones de rigor, mi madre se hincó sobre los mosaicos desnudos del piso, a un costado del féretro. Permaneció ahí, concentrada en sus cavilaciones, por un tiempo que a mí me pareció demasiado largo para la ocasión. Era

la única persona que estaba arrodillada, y el suelo duro y seguramente helado no era lo más cómodo para una mujer de sesenta y cinco años que había parido doce hijos. Al cabo de un rato, me acerqué y le ofrecí mi brazo para que se levantara, pero ella lo rechazó como si espantara una avispa, y permaneció de rodillas, absorta.

Además de mi decisión y mi deseo de acudir al velorio, mi madre me había pedido que la llevara. Me parecía justificable que se sintiera compelida a asistir a los funerales del padre de quien era amigo mío y también amigo de mi hermano Eduardo, y de toda la familia. La presencia de Gonzalo había sido constante en mi casa durante más de una década. Era uno más de nosotros. Entre tantos hermanos, pasaba desapercibido cuando lo invitábamos a comer. Mi madre lo adoraba, y una sobrina mía que vivía en Matehuala, cuando pasó una temporada en México, se enamoró de él porque era idéntico, en su apreciación adolescente, al Pat Boone de la película *El viaje al centro de la Tierra*, que milagrosamente se había proyectado en el cine de su pueblo.

Para entonces, mi amistad con Gonzalo, único hijo varón del doctor Casas, ya había perdido el pulso cotidiano que habíamos sostenido durante la primaria, la secundaria y la preparatoria. Al terminar los estudios de bachillerato, mi tocayo y yo tomamos rumbos diferentes. Cuando yo me inscribí en la Universidad Nacional Autónoma de México para cursar la carrera de Lengua y Literatura Españolas, él ingresó en la Universidad Iberoamericana para estudiar Contaduría y Administración. A pesar de la amistad que nos había unido durante más de una década —esos años larguísimos que van de los siete a los dieciocho en la carrera de la edad y en cuyo transcurso suceden casi todas las cosas importantes de la vida—, la universidad nos separó. Nada tenían en común sus números y mis letras, ni las características de nuestras respectivas universidades —privada

y confesional la suya, pública y laica la mía—. Las condiciones económicas privilegiadas de los alumnos de la Ibero contrastaban notablemente con la extracción modesta, de clase media y hasta proletaria, de la mayoría de los estudiantes de la UNAM. Además, el Movimiento estudiantil del 68, que propició un cisma generacional, nos modificó de manera diferente. Gonzalo empezó a tener confrontaciones cada vez más frecuentes y ásperas con su padre. Se rodeó de amigos, como Carlos Pintos, que a mí, acaso porque ya me sentía un intelectual «comprometido» por haber leído tres o cuatro libros iconoclastas, me parecieron superficiales, frívolos o arrogantes las contadas veces que los traté. E hizo frecuentes viajes a Acapulco, donde su familia tenía propiedades y él mismo invirtió dinero en algunos negocios que a la postre no fueron exitosos. Yo, por mi parte, me independicé tan pronto pude de la casa materna. Me involucré en un proyecto de enseñanza de español a hablantes de lenguas indígenas que tenía sede en El Colegio de México. Me casé por lo civil (y no por la Iglesia como lo hicieron sin excepción mis once hermanos) a la temprana edad de veintiún años, y fui padre a los veintidós, con el secreto anhelo de contrarrestar la propecta edad que el mío tenía cuando me engendró. No obstante nuestras diferencias y nuestros caminos disyuntivos, Gonzalo y yo nos seguimos queriendo, aunque las pocas veces que nos veíamos desde que la universidad nos apartó hablábamos más del pasado que del presente; y del futuro apenas articulábamos palabra. Nuestra amistad se nos fue haciendo vieja en plena juventud.

Es decir que, a pesar de nuestras divergencias, pero gracias a un cariño inveterado, tan pronto me enteré de la muerte de su padre, no vacilé en asistir al velorio, que tendría lugar en la opulenta mansión de la familia, ubicada entonces en la esquina de la avenida Insurgentes y la calle de los Cedros, hoy Vito Alessio Robles, en San Ángel.

Sabía que la relación de Gonzalo con su padre había continuado deteriorándose durante los últimos años. Pero también sabía lo que significaba la pérdida del padre, y no podía menos

que corresponder, con mi asistencia, a la amistad que mi taca-
yo me había manifestado nueve años atrás, cuando acudió al
velorio de mi papá. Entonces me acompañó y me consoló has-
ta donde un muchachito de escasos trece años puede consolar
a otro de la misma edad que se queda huérfano. Pero además,
con independencia de los problemas que Gonzalo tuviera con
él, yo quería al doctor Casas. Recordaba los juegos que organiza-
ba para todos los compañeros de su hijo mientras esperábamos
el transporte escolar a las puertas de su residencia y agradecía
las muchas deferencias que tuvo con mis hermanos y conmigo
cuando éramos niños: nos regalaba las estampillas que tenía re-
petidas en su colección filatélica; nos llevaba a la matiné del
Vanguardias de la calle de Frontera en la colonia Roma a ver
las películas de vaqueros del lejano Oeste, de Tarzán, de heroi-
cos y justicieros caballeros legendarios como El Cid Campeador,
Ivanhoe o Robin Hood, de marcianos, de apaches, de submar-
inos; nos recibía domingo a domingo para asistir, a las siete
y media de la tarde, a la función del Teatro Fantástico de En-
rique Alonso *Cachirulo* transmitida en vivo en la flamante tele-
visión de su casa, que tenía cuarto propio.

Lo único que empañaba mi aprecio por el doctor Casas
era el trato preferencial que siempre le dispensó a mi hermano
Eduardo. A despecho mío.

Más de media hora después de mi frustrado intento, mamá me
hizo una seña para que la ayudara a incorporarse. Se levantó
con dificultad, pero con alivio. Me pidió que nos fuéramos de
inmediato.

No cruzamos ni media palabra durante el trayecto de regre-
so a su casa.

—No pensarás escribir otra novela sobre tu familia, ¿verdad?

—me espetó mi amiga Rosa Seco.

—No, Rosita, cómo crees.

Después de haber publicado *Tres lindas cubanas* y, siete años después, *El metal y la escoria*, pensé que la saga se había agotado. El ciclo estaba completo.

En ambas novelas había querido contar la historia de mis ancestros para conocer mis orígenes y saber un poco más de mí mismo. Y también para que mis hijos algo supieran, si bien transfiguradas por la literatura, de las tres o cuatro generaciones que los habían precedido en el reino de este mundo.

Desde los inicios de mi carrera literaria intuí, por lo poco que conocía de mis antepasados próximos —y sobre todo por lo mucho que de sus historias me habían ocultado en casa—, que sus vidas eran novelables, como, bien mirada, cualquier vida lo es. Pero las suyas quizá todavía más. Tan pronto empecé a averiguar por mi propia cuenta los pasajes más determinantes de sus biografías, comprendí que casi todos ellos habían desempeñado, sin siquiera sospecharlo, un papel épico en el transcurso de sus días. Y esa condición épica, que habían asumido con una naturalidad doméstica, era susceptible de ser contada en clave novelística. Pensé que aquellas personas, con-

vertidas en personajes merced al artificio de la literatura, podrían ser interesantes no sólo para mí y los míos por tratarse de nuestra propia estirpe, sino para cualquier lector capaz de vivir como suyas sus convulsivas historias: historias de amor y desencuentro; de migración y exilio; de engaños y latrocinios; de pérdidas irrecuperables, bonanzas ubérrimas y miserias fatídicas; de vicios inconfesables, muertes prematuras y heroísmos impostados.

Durante largos años me di a la tarea de indagar sobre aquellas ramas que por razones puritanas —«la nuestra es una familia ejemplar»— habían sido podadas de nuestro árbol genealógico y por las que mi curiosidad infantil, que persistió incólume en la juventud, hubiera querido encaramarse. Rastree documentos de todo tipo —actas, testamentos, fotografías, recortes de periódicos y hasta recetarios de cocina—, consulté hemerotecas y archivos históricos, realicé viajes de estudio a varios países, entrevisté a decenas de testigos supervivientes, profané diarios íntimos que habían fungido como confesionarios de sus redactores, leí intrusivamente cientos de cartas que no estaban dirigidas a mí...

Al mismo tiempo que realizaba mis pesquisas, publiqué un par de novelas, *Amor propio* e *Y retiemble en sus centros la tierra*, cuya escritura no interfirió con mi ambicioso propósito de relatar la saga de mi familia, que avanzaba soterradamente. Como si depositara día con día monedas menudas en una gigantesca alcancía que algún día reventaría con una fortuna en su seno, pergeñaba pasajes sueltos de la que al final sería, según creía entonces, una sola novela, de larguísima extensión, en la que cupiera absolutamente todo lo que había investigado. No fue así, claro. Acaso la madurez literaria no consista en otra cosa que en morigerar la ambición de los desmesurados proyectos juveniles, que pretenden abarcar la totalidad.

A través de los años, la historia ancestral no dio origen, pues, a una novela total, como lo habían anhelado mis ensoñaciones de escritor en ciernes, sino a dos novelas bastante acotadas, referidas a la familia materna la primera, y a la paterna la segunda: *Tres lindas cubanas* y *El metal y la escoria*.

Las paredes no dejaban de llorar. No habían sido pintadas y sólo ostentaban, escrito a mano y encerrado en un círculo, el nombre del color —*rosa cárdeno, blanco, gris ostión*— que habrían de lucir en un futuro indeterminado. Las habitaciones todavía no tenían puertas, el jardín era un terregal sin una sola planta, y la cochera aún no podía hospedar el Ford 49 de Miguel ni el Chrysler 51 de Benito —que pernoctaban en la calle— porque estaba ocupada por la mesa, los tablones de madera y las herramientas del carpintero.

Antes, cuando vivíamos en la calle de Tehuantepec de la colonia Roma, el transporte escolar nos recogía a Jaime, a Eduardo y a mí a una cuadra de la casa y nos regresaba al mismo sitio, tanto por la mañana como por la tarde, pues el horario corrido aún no se había implantado. Pero a partir de que nos mudamos a Cedros, mamá determinó que Jaime, quien ya había entrado a la secundaria, se fuera al colegio en bicicleta, y que Eduardo y yo tomáramos otro camión del colegio, que seguía una ruta distinta a la que ya estábamos acostumbrados para llevarnos, junto con otros niños quizá desconocidos, al mismo Instituto México de la calle de Amores 1317 en la colonia Del Valle.

Nos habían informado que el camión pasaría a las siete de la mañana, de sur a norte, por la avenida Insurgentes, y que se detendría en el cruce con Cedros, nuestra calle. El primer día de clases de 1956, Eduardo y yo salimos de la casa a las seis y media de la mañana para caminar las tres cuerdas que nos distan-

ciaban de esa esquina. Pensábamos que en esa parada no habría nadie más que nosotros y que deberíamos estar muy atentos y visibles para que el chofer nos identificara, lo que, según nos dijo mamá para tranquilizarnos, no sería demasiado difícil porque ese día de inicio de cursos teníamos que ponernos el uniforme de gala —pantalón color marfil, camisa blanca y saco azul marino—, que yo había heredado de Eduardo y Eduardo de Jaime.

Cuando llegamos a la esquina, nos sorprendió que en la parada ya se habían congregado ocho o nueve niños que vestían el mismo uniforme que nosotros. Ocho o nueve niños y un señor, el padre de uno de ellos, que acompañaba a su hijo y ejercía, ante todos los demás muchachos ahí reunidos con anticipación innecesaria, una suerte de prefectura amistosa mientras nos recogía el camión. Ese señor, corpulento, pero no muy alto y un poco calvo, cuyas facciones —cejas, ojos agudos, ojeras abultadas, nariz aguileña, labios delgados— parecían, según recuerdo, más pequeñas que lo que el tamaño de su cabeza demandaba, era el dueño de la casa de la esquina de Cedros e Insurgentes. Esa casa no era cualquier casa. Ni ese señor era cualquier señor.

Más que casa, era un palacete. En las primeras décadas del siglo XX, cuando se construyó, había sido un hospital de la villa de San Ángel, que aún no acababa de integrarse a la Ciudad de México. Fue reconstruido en los años cuarenta como casa habitación, de acuerdo con el estilo neocolonial californiano que rigió la arquitectura mexicana de la clase nuevo rica (a la que le había hecho justicia la Revolución): señoriales fachadas barrocas, labradas en cantera rosada que se prodigaba en los marcos de puertas y ventanas, protegidas todas por garigoleadas herrerías; altos miradores semitechados con vigas de mampostería; escaleras espirales iluminadas por vitrales emplomados...

Gonzalo Casas Alemán —el señor de la casa— era hermano de Fernando Casas Alemán, que había sido regente del Distrito Federal durante el régimen presidencial de Miguel Alemán

Valdés. No sé a ciencia cierta cómo había hecho su fortuna el doctor Casas, médico de origen veracruzano, cordobés para más señas, pero puedo suponer que no fue de su consulta, porque, hasta donde entiendo, nunca ejerció como médico. Lo que sí sé es que tenía un puesto directivo en el Instituto Mexicano del Seguro Social (que le permitía contar con un chofer uniformado —pantalón caqui y casaca verde olivo— y con un Oldsmobile 88 último modelo, 55 o 56, que más parecía carroza funeraria que vehículo oficial); que había sido diputado por el PRI, y que tenía en propiedad aquella casona neocolonial californiana de la esquina de Cedros e Insurgentes.

Pero antes de fijarme en la gigantesca casa; antes de percibir la presencia del señor que la poseía, antes de averiguar quiénes eran los compañeros que ahí estaban reunidos, en qué años iban y cómo se llamaban, vi a Gonzalo Casas, el niño que ahí vivía y era hijo del doctor Casas: ¡Gonzalo Casas! ¡Mi tocayo, a quien yo ya conocía!

El año anterior, el de nuestro primero de primaria, Gonzalo y yo habíamos sido compañeros de banca, no en las clases regulares, pues estábamos en grupos diferentes, él en 1.º «A» y yo en 1.º «B», sino en un grupo especialmente integrado por quienes debíamos prepararnos para la Primera Comunión. Entre los pecados, las confesiones, los propósitos de enmienda, las portentosas expectativas del cielo —que no eran más estimulantes para portarse bien que el pavoroso infierno tan temido—, la sonrisa maternal de la Virgen, el dolor sanguinolento del Cristo crucificado por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa... Gonzalo y yo nos caímos bien. Aunque no sé cómo, porque él se tomaba a la ligera lo que yo me tomaba muy en serio. Él era sonriente, amigable, alegre, y yo, más bien tímido, inseguro, temeroso —de Dios y del infierno—, pero estábamos sentados en la misma banca corrida frente a la cual se alzaban dos pupitres gemelos y nos llamábamos igual: *Gonzalo*. Tocayos, tocayitos. Mientras duró nuestra preparación para la Primera Comunión nos vimos a diario, pero después sólo coincidíamos de vez en cuando en los recreos. Recuerdo que una vez me invitó

a una especie de alfajor cubierto de chocolate que compró en la tienda de la escuela, a la que yo nunca acudía por la sencilla razón. En mi casa no me daban ni un centavo para comprar golosinas durante el recreo.

Me dio alegría encontrarlo ahí, en la puerta de su casa el primer día de clases de 1956. Creo que a él también le dio gusto verme y saber que éramos vecinos. A partir de ese momento nos hicimos muy amigos, aunque siguiéramos en grupos diferentes, él en 2.º «A» y yo en 2.º «C», y esa amistad se prolongó durante muchos años, hasta que la universidad nos separó.

No siempre fue placentero ir a la escuela; muchas veces era un fastidio, y en algunas ocasiones, un bostezo que se prolongaba durante toda la mañana y durante toda la tarde, sólo interrumpido por la chicharra que anunciaba la hora del recreo o de la salida. Pero ir todas las mañanas a la parada del camión siempre fue divertido, al grado de que cada día llegábamos más temprano para disfrutar por más tiempo, en ese recreo anticipado, los juegos o las competencias que el doctor Casas nos organizaba mientras esperábamos que llegara por nosotros el transporte escolar: carreras, concursos de balero o de yoyó (según la época del año), torneos de box (para los cuales el doctor nos proveía de los guantes apropiados). Todo ello en la entonces apacible acera de la avenida Insurgentes, por donde apenas circulaban algunos coches y los camiones que transportaban a los estudiantes, profesores y trabajadores a la flamante Ciudad Universitaria, inaugurada apenas un par de años antes.

La casa de Gonzalo tenía un enorme portón de madera, cuyas hojas sólo se abrían de par en par para dar paso al funerarío Oldsmobile 88 o a los automóviles de los asistentes a las fiestas que de vez en cuando se celebraban en la mansión, pero en una de esas hojas se recortaba una puerta más pequeña, de escala humana, para los peatones. El doctor Casas siempre estaba apostado, como señor feudal, en esa puerta de su palacete, en ese interregno entre el gigantesco patio de su casa y la calle, un pie apoyado en el travesaño inferior, a veces con el cuerpo adentro, a veces con el cuerpo afuera, acompañando al hijo y sus condis-

cíbulos y fungiendo como árbitro indiscutible de los juegos que él mismo organizaba.

Al poco tiempo de nuestro reencuentro, Gonzalo me invitó a jugar a su casa un sábado por la mañana. Me llevé el bate de beisbol labrado y pintado con motivos de aborígenes canadienses que Bob Johnson, esposo de mi hermana Virginia, había llevado a la casa. Con ese bate, que más bien parecía un tótem, pude tocar el timbre de la casona, al que quizá no hubiera alcanzado ni aunque me pusiera de puntitas. Después, Gonzalo me revelaría, pidiéndome con mucha parsimonia que no se lo dijera a nadie, que en un intersticio del zaguán había otro timbre oculto, que era el que usaban «los de confianza» y al que Juana, la sirvienta de mayor edad y jerarquía, respondía de inmediato en esos tiempos anteriores a los interfonos, atravesando el patio hasta llegar a la puerta de la calle para darle la bienvenida al visitante de confianza que conocía el secreto. ¡Como yo!

Me quedé muy impresionado. La casa tenía, a la izquierda, un jardín lateral con árboles frutales, una fuente de cantera y unos columpios aburridos; a la derecha, se extendía un patio que desembocaba en una cochera donde dormían el Oldsmobile y, a su lado, *Rex*, el pastor alemán guardián de la mansión. Por ahí también se accedía a la entrada de servicio, la lavandería, la despensa, la cocina. A la casa propiamente dicha, se entraba por una puerta de hierro forjado, cuyo marco de cantera se refocilaba en ornamentaciones barrocas. Daba a un vestíbulo. A la izquierda, una puerta solemne, más de bufete de abogado que de consultorio médico, comunicaba al despacho del doctor Casas, y al frente se abría el salón. ¡Qué salón! Era una especie de claustro conventual de dos niveles, con arcadas en ambas plantas, pero techado y lujoso; de día, iluminado y colorido por dos ventanales emplomados que caían como brillantes pendones de una de las paredes —la única que no tenía entresuelo ni arcos e iba desde el suelo hasta el techo, donde se

respaldaba la descomunal chimenea, también enmarcada con una cantería que se elevaba por todo el tiro presumiendo ignotos o apócrifos blasones—, y de noche por un candil monumental, cuyas luces caían sobre los arabescos de la alfombra. Una escalera curvilínea, en la que se podrían haber filmado muchas de las escenas de la época de oro del cine nacional, desembocaba (pues más bajaba que subía) en el gran salón. En el «claustro bajo», se disponían la cantina, discretamente guarnecida por una cortina de seda carmesí, sólo descorrida en días de fiesta; un baño de visitas; una sala íntima que a partir de esos años se convirtió en el cuarto de la televisión, donde, salvo por las palomitas de maíz, se seguía el mismo protocolo que para ir al cine (pipí antes de entrar, luces apagadas, silencio, que la función va a comenzar); el comedor de fiesta, de mesa larguísima, con sus sillas de altos espaldares y sus vitrinas refulgentes de copas; la entrada al comedor doméstico, más austero y familiar, y después, la que ellos llamaban sala, para diferenciarla del salón —o *hall*—: un lugar dominado por un piano que el doctor Casas tocaba con fervor veracruzano, y rodeado de sillones de madera oscura, tapizados de brocados rojos y brillantes. En la planta alta, los dormitorios de las tres hermanas de Gonzalo, y el de la mamá, muy distante, por cierto, del que ocupaba su marido en el extremo opuesto; el cuarto de Gonzalo, solemne y sobrio, más de adulto que de niño, con baño propio; y el dormitorio del doctor Casas, con su cama respaldada por una cabecera tallada en madera y su sillón reclinable, con taburete a los pies, en el que dormía sus siestas, breves y con el cinturón desabrochado, según lo vi la única vez que entré accidentalmente a su cuarto pensando que era el baño contiguo. Esa casa de Casas era para perderse. Pero lo que más me impresionó de aquella mansión, que obviamente me impresionó pues la guardo en la memoria con precisión fotográfica y ahora mismo, sesenta años después, podría hacer un plano fidedigno de cada una de sus plantas, fue el cuarto de juegos de mi tocayo: un cuarto aledaño al arranque superior de la escalera, iluminado por unos bloques de vidrio entonces de moda que hacían las veces de

pared, y atiborrado de juguetes que yo no había visto ni en la juguetería Ara de Insurgentes y Copilco: un caballo de lámina de cuerpo entero con sendos balancines que unían cada pata con su correspondiente remo, los soldados de plomo que integraban distintos y poderosos ejércitos, los disfraces de payaso, de centurión romano, de Llanero Solitario; las pistolas de fulminantes, las manoplas de beisbol, las pelotas, los yoyós, los baleros, los mecanos...

Yo sólo tenía el producto de mi petición temprana de la caja de cereales Maizoro, cilíndrica, con la que podía improvisar un tambor o un cucurucho o un sucedáneo de calabaza de día de muertos. Y vivía en una casa en construcción, en la que las paredes lloraban de humedad.